

COLECCION DE VARIAS PIEZAS

RELATIVAS Á LA OBRA DE

FR. GERUNDIO DE CAMPAZAS.

CARTA TERCERA.

(Continuacion.)

Señor catecúmeno, ha de saber Vmd. que el Apóstol San Pablo, en estas palabras: *Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat, Deus*: «Ni el que planta, ni el que riega son algo; «esto es, se deben atribuir á sí, ni á sus labores, los «progresos de lo que riegat y de lo que plantan; «porque estos se deben á solo Dios.» Digo que el Apóstol en estas palabras, no hace más que explicar el quinto artículo de la fé; en cuya virtud creemos, que solo Dios es Criador. *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil*: «Todas las cosas se hicieron por él, y sin él nada se hizo.» Como Criador, todas las cosas se conservan por él; y sin él nada se conserva. Como Criador, todo lo que se adelanta se adelanta por él, y sin él nada se adelanta. Como Criador, todo lo que se remedia, se remedia por él, y sin él nada se remedia. ¿Y esto por qué? Porque como es Criador, es suya la principal accion física de todas las criaturas racionales é irracionales, sensibles é in-

sensibles; para todos cuantos efectos hay y puede haber en la naturaleza. De manera, que sin el concurso ó sin la concurrencia de esta accion verdadera física ó sumamente libre en Dios, nada se haria en el mundo, y nada habria en él: porque ni aún mundo habria. Por eso es Dios el principal agente en todos los negocios, ya sean libres, ya sean necesarios; puramente en lo que tienen de físicos: con esta esencial diferencia, que á los efectos libres buenos (como son todos los actos virtuosos y honestos), concurre deseándolos y queriéndolos; y por eso se atribuyen principalmente á su Magestad. A los libres malos (como son todos los actos deshonestos y viciosos), concurre detestándolos, abominándolos y repugnándolos; y precisamente por no destruir la libertad, que él mismo concedió á la criatura racional con decreto irrevocable. Por eso estos efectos se atribuyen principal y únicamente á la criatura, que voluntariamente quiere usar mal de su libertad; y contra la voluntad del mismo Dios, que concurre con ella, como violentado, forzado, y (si me fuere lícito explicarme con esta vulgaridad), contra todos sus cinco sentidos. De lo que se queja el mismo Señor por el Profeta, que dice: *Servire me fecistis iniquitatibus vestris.* « Hicisteisme servir, hicisteisme concurrir á vuestras iniquidades y maldades. » En nada de esto hay, señor catecúmeno, ni puede haber opiniones. Es doctrina cristiana, que todos estamos obligados á creer, en virtud del quinto artículo de la fé.

Pues ahora, es claro lo que el Apóstol quiere decir en las palabras que Vmd. no ha sabido entender. Reprendia severamente á los cristianos de Corinto,

por las cismáticas disensiones ó disputas que se habian levantado entre ellos; preciándose unos de ser discípulos de Paulo, y jactándose otros de haber tenido á Apolo por maestro. Y deciales el Apóstol: « ¿Qué Apolo, ni qué Paulo? Ni Apolo ni yo somos más que discípulos ó Ministros de Jesu-Cristo, en quien vosotros creéis. » *¿Quid igitur est Apollo? ¿quid veró Paulus? ¿Ministri ejus cui creditis?* « Vuestra fé no es obra de sus palabras; es la de la gracia del SEÑOR, que á cada uno la comunicó como quiso: *Unicuique sicut Dominus dedit.* Yo no hice más que plantar; Apolo no hizo más que regar; pero el que la fé se arraigase en vuestros corazones y creciese en ellos, esa fué obra de Dios: *Ego plantavi, Apollo rigavit; Deus autem incrementum dedit.* » En virtud de esto ya conoceis, que ni es algo el que planta, ni es algo el que riega; puesto que el que todo lo hace es Dios: *Itaque neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat; sed qui incrementum dat, Deus.* « Nosotros no somos más que unos coadjutores ó operadores á la accion principal de Dios, autor de todo lo bueno: *Dei enim sumus adjutores.* Si es que yo hice algo en el edificio de vuestras almas, á lo sumo seria echar los cimientos, y aún eso no lo pude conseguir sin el auxilio y sin el concurso de Dios; todo lo demás fué efecto de su piedad, de su omnipotencia y de su gracia: » *Secundum gratiam Dei, quæ data est mihi, ut sapiens, architectus, fundamentum posui; alius autem super ædificat.* Esta es toda la sentencia y alma del texto del Apóstol, explicada por él mismo, y resumida por el Catecismo de Astete en solos dos artículos: *Creer que es Criador y*

*Creer que es Salvador.* ¿No me dirá ahora Vmd. por su vida, en qué se opone el Gerundiano á esta sentencia? ¿Afirma en alguna parte, que con su Historia, ha de remediar al mundo, que quiera Dios, ó que no quiera? ¿Dá á entender, que podrá curar ni á un solo Predicador, sin la gracia, sin el concurso de Dios? ¿Hay palabra alguna, que huela á que si lograrse alguna curacion, seria obra de su obra? ¿No pretexto en el último número de su prólogo: «Que el Espíritu del SEÑOR inspira dónde quiere, cuándo quiere, cómo quiere y en quién quiere?» ¿No dá fin diciendo: «que si acertó en algo, á él sea la gloria?» ¿Pues, tontísima criatura, á qué vendrá toda esa algazara? ¿Puede haber en esto otro fin que el de aturrullar al vulgo nécio, y por acreditarse de teólogo, quedar convencido de mentecato?

Alegremos un poco la conversacion, que esto va muy sério. Un pobre zapatero de viejo, lo pasaba muy mal con su oficio; porque ni aún servia para remendon. Fuése á otra tierra en donde no le conocian, y fingiéndose médico, vendia cierta droga inútil, por un excelente antídoto. Con esto, y con un grande aparato de verbosidad ó charlatanería griega, en poco tiempo consiguió fama del primer hombre del mundo. Dióle al Rey no sé qué tufo, de que aquel hombre no era más que un hablador y un embustero. Quiso hacer la experiencia: llamólo; y echando á su presencia en un vaso de agua unos polvos inocentes, suponiendo que era veneno, le dijo: Puesto que tienes ese antídoto tan prodigioso con los venenos, bebe este aquí luego en mi presencia: bien entendido de que si no lo bebes, te mandaré ahorcar luego al

punto; pero si lo bebes y no te hace daño, te lo pagaré bien pagado. ¡Qué sudores y trasudores no acongojarían á mi pobre charlatan, viéndose en aquel aprieto! Al fin no tuvo otro medio, que confesar de plano su impostura y su ignorancia. Dijo que él era un triste zapatero, que jamás habia podido aprender, ni aún á echar un capillo, ni unas medias suelas; que no habia estudiado palabra de medicina; y que los créditos que habia cobrado, no los debía á su ciencia, sino á la nécia admiracion del vulgo. Entónces vuelto el Rey á los cortesanos, les dijo con gracia: *Quantæ putatis esse vos dementiæ, qui capita non dubitatis credere, cui calceandos nemo commisit pedes?*

¿No sois unos mentecatos,  
En conftar vuestras vidas  
A quién, ni unos maragatos,  
Viendo las suelas podridas,  
Farian sus zapatos?

Ello, señor mio, bien puede ser que Vmd. sea Confesor y Penitente; porque no es repugnante: salvo en el concepto de aquellos doctísimos párrocos de Milan, digo del Arzobispado de Milan, que encontró San Carlos Borromeo, tan ignorantes, que jamás se confesaban: porque estaban en la inteligencia de que los que absolvian á otros, podian absolverse á sí mismos; y que los Confesores no debian confesarse. Opinion de que no distan mucho aquellos Confesores, que tambien están por acá en uso, y son de parecer que: *Prædicatoribus non est prædicandum.* Digo, pues, que es muy posible, que Vmd. sea Penitente y Confesor en una pieza. Tambien es posible que sus hijos é hijas de confesion estén pasmados de su profundo

saber; especialmente despues que esparció entre ellos el papelote. Ni es metafísica repugnante, que en vista de lo que á Vmd. se le lleva dicho, y que se le dirá todavía, conozca, y confiese su pobreza y su ignorancia. Yo á lo ménos no desconfío totalmente de que siguiendo el buen ejemplo de nuestro zapatero, confiese de buena fé, que su fama y su estimacion, si es que la tiene, no la debe ciertamente á su sabiduría, sino á su charlatanería y verbosidad; acreditándose de hombre grande, á costa del pasmo y de la admiracion de los que son unos pobres hombres. En este caso me ha de dar Vmd. su grata licencia, para que á sus hijos y á sus hijas les repita esta cantinela:

¿No sois unos mentecatos,  
En confiar vuestras vidas  
A quién, ni unos maragatos,  
Viendo las suelas podridas,  
Fiarian sus zapatos?

Paréceme que está de más la aplicacion, cuando ella misma se viene á los ojos.

¡Ah! sí, que se me olvidaba aquel otro texto del mismo apóstol: *Non est volentis, neque currentis*, etc. que con un *item*, cose, hilbana ó nos zurce Vd. con el *Neque qui plantat est aliquid*, etc., traído y glosado con el mismo exquisito gusto, que el antecedente. Es del capítulo 9 de la epístola *Ad Romanos* que gasta el apóstol en explicar del mejor modo que se puede, el incomprendible misterio de la gratuita predestinacion de los que son escogidos para la gloria. Dice en suma: «Que esta eleccion toda es efecto puro de la voluntad y de la misericordia de Dios, que quiso te-

«nerla con unos, y no quiso tenerla con otros; amar  
«á Jacob y aborrecer á Esaú; predestinar á éstos y  
«condenar á aquéllos, sin hacer agravio á nadie, y  
«usando de su derecho: como lo hace el alfarero,  
«que fabrica unas vasijas para el estrado, otras para  
«la cocina, sin que la cazuela tenga razon de quejar-  
«se de que la hizo cazuela y no la hizo jicara, ni la  
«jicara motivo para engreirse de que la hiciese jicara  
«y no la hiciese cazuela. Que el mismo Dios lo pro-  
«textó así, cuando dijo á Moisés: Me compadeceré de  
«quien quisiere compadecerme, y tendré misericor-  
«dia de quien la tuviere: *Miserebor cujus miserebor, et*  
«*misericordiam præstabo cujus miserebor.*» De cuya doctrina infiere el apóstol, que la predestinacion no es obra del predestinado, que quiere, sino de la misericordia de Dios, que hace que quiera y que corra; sin meterse en el modo con que hace esto, sin vulnerar los fueros de la libertad sobre lo cual hay furiosos gritos en las escuelas, y sendos remoquetes en los libros. *Igitur non volentis, neque currentis, sed miserentis est Dei.* Hágame Vmd. la merced de decirme, ¿por qué lado ataca el Gerundiano esta doctrina directamente, miéntras yo repito á Vmd. claritadamente que esto dijo Vmd., no más que para captar reputacion de teologazo entre el vulgo nécio, con vanas estrofas.

— ¡Pues ay! ¿es un grano de anís lo que se sigue? ¡Pobre Gerundiano! ¡y qué carga tan cerrada vá á descargar sobre tus flacas costillas! Dice Vmd. en el número 4: «Que como su delito ó injuria crece segun  
«la mayor santidad del objeto á quién ofende, de esto  
«nace, que dirigiéndose contra todos los predicadores

«de las sagradas Religiones, extendiendo unos defectos  
«increíbles (que por eso muchas personas los tienen  
«por falsos, por fingidos, y por supositicios;) vienen  
«inmediatamente á herir á todas las Religiones, y á  
«hacer un libelo infamatorio contra la constitucion de  
«Alejandro IV, que empieza *Ex illa die*. » Yo quisiera  
saber si Vmd. habló de veras ó de burlas, cuando  
escribió estas sandeces. El objeto á que se dirige la  
obra del Gerundiano, es contra los malos predicadores,  
sean de las sagradas Religiones ó no lo sean, tengan  
*Fray* ó no lo tengan. Pues ni el *Fray*, ni el *Padre*,  
ni el *Don* vienen á este teruleque. Esto bien protestado  
y reprotestado, lo dejó en su *Prólogo*. Pues ahora,  
dígame, bonísimo señor; ¿es grande la santidad de los  
malos predicadores en cuanto á tales? Porque el Gerundiano  
no se metió con ellos por otros respetos. Vmd. mismo los  
llama *idiotas, nécios ó locos*. Dar contra la locura, contra  
la necedad y contra el idiotismo, ¿es dar contra la  
santidad del objeto? «Sí, Señor, responde Vmd., porque  
esos idiotas, esos nécios, esos locos, son religiosos, y no se  
les puede ofender á ellos sin ofender á las sagradas  
Religiones. » ¡Ay de las sagradas Religiones, y ay de la  
Religion Católica, si fuera cierta esta doctrina! Según ella,  
¿dar contra los malos cristianos, sería dar contra la  
Religion Cristiana; y dar contra los malos religiosos,  
sería dar contra su sagrada profesion. ¿Ha reflexionado  
Vmd. las consecuencias, que se infieren de aquí?

«Oh, Señor, replica Vmd., que no está la ofensa de  
«las religiones, en que se publiquen los defectos  
«verdaderos de sus malos predicadores, sino en que

«se extiendan unos defectos increíbles, que muchos  
«los tienen por sabios, por fingidos y por supositicios.»  
En cuanto á lo increíble, yo mismo lo hubiera tenido por tal,  
si no lo hubiera palpado: y en cuanto á lo falso, fingido y  
supositicio, también me hubiera parecido lo mismo á no haberlo  
visto de molde. ¿Por dónde se me había de hacer creíble, que  
un capuchino se detuviese en el púlpito á hacer una lasciva,  
puerca, sucia, y provocativa pintura de los pechos de una  
dama? ¿Por dónde no había de tener por fingido, que él mismo  
se calificase de predicador por antonomasia, y se cotejase con  
Cristo, quejándose de que no le habían cortejado? ¿Por dónde no  
me había de parecer supositicio, que el otro diese principio á  
un sermón, diciendo: *¿O el amor está de bodas, ó yo no entiendo  
de amor?* ¿Por dónde había de creer que el de más allá  
predicase desde el púlpito este par de redondillas?

A Dios, celeste coro,

A Dios, lirios seráficos.

A Dios, amadas hijas,

A Dios, cisnes sagrados.

Querida esposa, ¿a qué aguardas?

Bella mujer, ¿a qué esperas?

Sal de esa caduca vida,

Y ven á gozar la eterna.

¿Por dónde no había de tener por falso que en este mismo año el Predicador de cierta Cuaresma, en el sermón de despedida, hubiese lisonjeado á las damas del lugar, con este requiebro: *Si Venus se apareciera en esta villa, se ocultaría de vergüenza, ó de corrida se huyera?* Por donde se me había de hacer creíble, que predicando también otro en este mismo año de

San José, en la Côte de Navarra, hubiese dicho: « Que luego que San José entró en el Cielo, se equivocó tanto con la segunda persona de la Santísima Trinidad, que los Angeles no acertaban á discernirla; y que andaban acechando por allí, para ver si la podian conocer; pero inútilmente, hasta que el hijo advirtiendo su equivocacion, levantó las manos, enseñó las llagas, y por ellas le distinguieron de San José? » Por donde me habia de persuadir á que no era fingido lo que recientemente, y, como dicen, chorreando sangre, acaba de predicar otro en un púlpito de Castilla la Vieja, y no de los ménos respetables, donde explicando el misterio de la Santísima Trinidad, dijo: « Que la Trinidad era como un ternero de tres dias, ó tres meses, ó tres años, como mido por tres personas distintas, siendo solo un ternero verdadero? » Digo y vuelvo á decir, que todo esto á mí mismo se me haria increíble, falso, fingido y supositicio, si yo no lo hubiera leído con mis propios ojos; ó no tuviera en mi poder testimonios irrefragables, que nose pueden recusar sin echar por tierra la fé humana. Vea Vd. ahora aquí como me pongo de parte de su razon, y disculpo á los que tienen por increíble, falso y supositicio, lo que se dice en el Fray Gerundio. Pero, por nuestra desgracia, es preciso confesar, que así como *Multa falsa sæpè sunt probabiliora veris*; así tambien *Multa vera sæpè sunt probabiliora falsis*.

Y á vista de esto, ¿quién podrá leer lo que Vmd. añade inmediatamente, sin dar licencia á los livianos para que salgan por la boca envueltos en una carcajada? «No dudo, amigo mio» (prosigue Vmd. hablan-

do con el Gerundiano, con aquella santa llaneza que le permite, *per communicationem idiomatum*, la antigua amistad que profesa con su P. Confesor), «no dudo, amigo mio, que te pueden por todo derecho obligar á que califiques y pruebes, que ese Fr. Gerundio predicó esos sermones como tú dices; si no quieres que te calumnien de falso impostor, que finges casos y contumelias para herir á los Eclesiásticos, y principalmente á los Regulares. Es-te es uno de los mayores apuros, en que es preciso trabajar mucho para salir de él como deseo.» Viva Vuestra Merced mil años por su buena voluntad, le diré yo, en nombre de mi amigo el autor de Fray Gerundio. Pero viva Vmd. sin susto; y no tema que le obliguen por ningun derecho, á que califique y pruebe la existencia de los sermones que cita, si es fuera de intencion maligna. Harto se alegraria de que le pusiesen en esa precision: porque me consta que no solo puede probar y calificar los disparates, locuras y blasfemias de que hace mencion; sino que tiene recogidos documentos irrefragables, para probar y calificar otras iguales ó aún mayores, sacadas de más de quinientos sermones, y todos de Regulares, impresos ó predicados en este presente siglo, dentro de la Península de España. Pronto está á exhibir algunos millares de proposiciones, respectivamente erróneas, temerarias, escandalosas, heréticas, blasfemas, provocativas, locas, truanescas é insolentes: presentando los autógrafos ó los originales, donde se hallarán, con todos los pelos y señales de sus autores, sus nombres y apellidos, títulos, dictados, campanillas y profesion, lugar de las impresiones,

púlpitos donde se predicaron y auditorios que los oyeron.

Tambien me consta, que informados de esto, algunos hombres de autoridad, de gran juicio y de conocido temor de Dios, en vista del injusto alboroto, tumulto y gritería, que Vmd. y otros de su estofa han excitado: le han hecho repetidas instancias, para que poniendo en orden estos materiales, los dé al público en un volumen, junto con este título: « Catálogo de asuntos y proposiciones sacadas á la letra, de los sermones que se han impreso ó predicado en España, desde el año de mil y setecientos, hasta el presente de mil setecientos cuarenta y ocho. Dánse á luz pública, para que las examinen, censuren, califiquen y juzguen aquellos á quienes toca. » En el cuerpo de la obra no se habia de observar otro método, ni gastar más palabras, que precisamente estas: « Primer sermón: su autor el P. tal, del Orden de cual, docto, catedrático, maestro, etc.; impreso ó predicado en tal parte, tal día, tal mes, tal año. Asunto este; pruebas, aquellas; proposiciones estas, aquellas y las otras. Segundo sermón: el Reverendísimo P. Fray Fulano de tal: religion, asunto, etcétera. » ¿Párecelle á Vmd. que la obrilla seria mal recibida del público? ¿Y qué no seria oportuna para justificar la necesidad que habia del Gerundio, y para aquietar á los mismos que ahora se quejan tanto, pero con tan poca razon? ¿Y juzga Vmd. buenamente, que esto seria un grande apuro para el Gerundiano, y que para salir de él, como Vmd. desea, le seria preciso trabajar mucho? Pues, hombre de Dios, entienda que no, y no sea bobo; y dé mil gra-

cias á su Divina Magestad, de que al Gerundiano no le han podido vencer, ni tan respetables instancias, y aún el preciso pretexto de defenderse á sí mismo, firme siempre en que para esos fines bastan los ejemplares que cita en su historia, con la prudente moderacion de no dar señas de sus autores. No obstante, no saldré por fiador de que, si le urgen demasiado, no le pongan en la dolorosa precision de salir con su catálogo. Y entónces, ¿qué gritería habrá? ¿Qué alaridos no se levantarán? ¿Pero de quién será la culpa? y ¿cuánto tendrá que hacer el Santo Tribunal? ¿Cuánto crecerá el Expurgatorio? Pues el atajo es dejar correr al Fray Gerundio, para ver si con él se remedia el abuso de los malos Predicadores.

Dando Vmd. por supuesto que son fingidos los hechos, que se citan en el Fray Gerundio, así como es deal, fingido é imaginario el mismo héroe; infiere, que unos por nécios, y otros por malignos, creerán que son verdaderos, y tomarán de aquí ocasion para satirizar á los frailes. Harán muy mal; porque el libro solamente se les dá, para que se burlen de los malos Predicadores, sean frailes, ó no lo sean. Traa Vmd. de libertinos á los que vilipendia el estado religioso. Soy con Vmd.; y aún no les dá el tratamiento que merecen. Añade, que no es corta la congregacion de estos. Tiéneme Vmd. á su lado: porque estoy en el entender de que es muy numerosa. Concluye Vmd. diciendo: « Que aunque los libertinos se componen de todas clases y escuelas, hay muchos de estos en las milicias, en las covachuelas, en los estrados, en los campos y en los palacios. » Aquí hago á Vmd. una gran cortesía, y le pido licencia pa-

ra separarme de su dictámen; por parecerme que esa especialidad ó esa especificacion, es tan injuriosa como poco necesaria; pues habiendo dicho que habia libertinos de todas clases, no sé yo con qué fin nombra Vmd. particularmente á esas cinco. No es ahora de mi intento el defenderlas, ni ellas necesitan de mi defensa. En la milicia, hay espadas; en las covachuelas; plumas; en los estrados, lenguas; en los campos, garrotes; y en los palacios, guardias-alabarderos, que cumplirán con su deber, cuando lo juzguen necesario. Lo que yo puedo asegurar á Vmd. es que en la milicia, hay soldados; en las covachuelas, ministros y oficiales; en los estrados, damas; en los campos, labradores, y en los palacios, cortesanos, que dan harto que aprender y no poco, en que avergonzarse á muchos que viven en claustros, celdas, aposentos, cuartos, bosques, despoblados y desiertos. Vmd. está muy metido dentro de la Côte; yo muy desviado de ella. Vmd. la ha tratado mucho, y hace de ello gran vanidad; yo poco, y me alegro infinito de eso. Sin embargo me atreveré á demostrar esta proposicion, haciendo un cotejo, que ni Vmd. lo podrá negar, ni le habia de ser muy agradable. Pero vaya no más que esta pruebecita ligera. Apuesto una mudada de sandalias, á que ni en la milicia, ni en las covachuelas, ni en los estrados, ni en los campos, ni en los palacios, se hallarán dos que se atrevan á escribir un papel tan necio, tan insolente, tan arrogante y tan desvergonzado, como el que Vmd. ha escrito: Luego en aquellas clases no hay tantos libertinos como se pondera; y en otras quizá hay más de lo que fuera creible. Cierto que por ahora me alegrara,

que no fuera Vmd. del estado regular, para poder desmentir mejor al que dijo:

*Non audeat è stygiis Pluto tentare, quod audeat  
Efrenus Monachus, plenaque fraudis anus.*

Tampoco puede servir á Vmd. en otra ocasion. Sienta como principio indubitable: « Que el motivo « por qué los libertinos (esto es, segun el vocabu- « lario de Vmd., los militares, los covachuelistas, las « damas y los palaciegos) vilipendian á los frailes, es « por el horror que les causa la vida religiosa, freno « de la viciosa conducta que ellos siguen; y que si « pudieran desterrar del mundo á todas las religiones « y hombres de letras, lo harian; porque no hubiese « quien hiciese oposicion á su vida y máximas perniciosas, con que rabiando tascan el duro freno, « despuman cóleras contra los curas, frailes y go- « lillas. » En órden á las lindeces, que Vmd. les dice aquí á los libertinos, hay en el mundo quienes le sabrán responder; porque no permita Dios que yo jamás haga su apologia. En cuanto á que háy muchos que aborrecen y vilipendian generalmente á los Frailes, entendiendo por este nombre á los que tienen Fray y no le tienen, tampoco se puede negar. Pero que esto sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen; y porque no hubiese quien hiciese oposicion á su vida y máximas perniciosas, perdone Vmd. que en esto no le puedo servir. Todo lo contrario estamos viendo y palpando todos los dias. Aún aquellos disolutos, que más aborrecen á los frailes por punto general,

son los que más y más veneran á los verdaderos religiosos, cuando conciben que lo son. Cuanto más religiosa es su vida, tanto mayor es el amor que les profesan. Cuanto más contrarias sean las máximas que los religiosos practican, á las máximas que siguen ellos, mayor es el respeto con que los veneran. Por la misericordia de Dios, dudo mucho que haya en España una sola Comunidad, donde esto no se palpe. Mas, para hacer el ejemplo más casero para Vuestra Merced, quiero ponerlo en un Capuchino. Ponga Vmd. los ojos en cualquiera de tantos, como sin duda encontrará en esos ejemplarísimos conventos de Madrid. Su coro, su oración, sus penitencias, su celda, su confesionario, su púlpito, sus ministerios cuando es legítimamente llamado á ellos. En el coro, puntual; en la oración, fervoroso; en la penitencia, áustero; en la celda, laborioso y recogido; en el confesionario, asiduo, entero, suave y sumamente circunspecto; en el púlpito, sólido, juicioso, celoso, natural y verdaderamente apostólico; en los ministerios, sin distincion de personas, lleno de fervor, de caridad, de celo dentro de la Comunidad; con sus hermanos, apacible; con los superiores, rendido; en las conversaciones privadas, modesto; en las pláticas y exhortaciones públicas, prudente, detenido, general y muy distante de lo satírico. De trato con seglares, que no sea preciso, y únicamente dirigido al bien espiritual de sus almas, no se hable. Introducciones con poderosos, *nec nominetur*. Visitas escusadas, y más á personas de otro sexo, ni por lumbre. Si anda, ¡con qué gravedad! Si se presenta, ¡con qué compostura! Si habla, ¡con qué modestia! Si responde,

¡con qué juicio! Si le desprecian, ¡qué alegría! Si le ultrajan, ¡qué sufrimiento! Si lo aplauden, ¡qué confundirse! Si lo buscan, ¡qué esconderse! Aunque sea hombre de respeto y de autoridad, si su Religion no le ha dado alguna incumbencia, en nada se mete. Solo atiende á gobernarse á sí mismo; y ni directa ni indirectamente se mezcla en el modo con que los Superiores gobiernan á los demás. Dígame Vmd. si ha encontrado algun libertino que no ame, que no venera, que no adore á cualquiera de tantos Capuchinos, como hay de este carácter, y lo mismo á otro cualquiera individuo parecido á este, entre tantos como cuentan las religiosas familias, sin exceptuar una sola; con todo eso que ninguna vida es más opuesta; ningunas máximas son más contrarias á sus máximas. Luego es falso, y muy falso, que los libertinos que aborrecen á los frailes, sea por el horror que les causa la vida religiosa, freno de la viciosa conducta que ellos siguen; ni porque no quisieran que hubiese quien hiciera oposicion á su vida y máximas perniciosas.

¿Pues por qué los aborrecen? Porque suponen con razon ó sin ella, que no todos los religiosos son de un carácter; y que hay muchos enteramente contrarios, no teniendo de religiosos más que el traje y el aparato exterior. Sino respóndame Vmd. Si fuese posible un Capuchino, que huyese del coro, que trampease la oración, que se excusase de las penitencias de la Orden, que aborreciese la celda, que asistiese al confesionario solo por ostentacion, que subiese al púlpito á hacer pinturillas teatrales, y tal vez ni aún tolerables en los teatros; que ejerciese los mi-

nisterios con visible acepcion de personas; negándose á los pobres, y franqueándose á los poderosos. Si fuera posible un Capuchino, que á sus Hermanos les tratase con altanería; á sus superiores con afectado teson; en las conversaciones privadas, los despreciase á todos, y en las exhortaciones públicas, satirizase á muchos. Si fuera uno tan aseglarado, que siempre se le viese rodeado de las gentes del mundo; agente general de negocios y pretendiente universal de todo el género humano; tan callejero, que en todas partes se le encontrase; tan visitador, que no solo no perdiese años, dias, bodas, partos, pésames, enhorabuenas; sino que frecuentase las salas y los estrados, sin otro fin que el de ver y ser visto. Si fuese posible un Capuchino que se presentase en la calle, con el despejo de un teniente general; en el púlpito, con la arrogancia de un arengador; y en las visitas, con el desenfado de un oficial ó cadete; que fuese entremetido, ambicioso, muy satisfecho de sí mismo; regoldando á cada paso confianzas políticas; que habia debido consultas de Estado, que le habian confiado; estrecheces con ministros de alta jerarquía y hasta familiarizarse con Príncipes. Si fuese posible un Capuchino, que se tomase la licencia, y se diese á sí mismo la libertad de hablar con desprecio del Ministerio público, y tratar con vilipendio á otros; y por otra parte fuese tan delicado y sensible á sus desprecios personales, que alborotase el mundo en tocándole un solo pelo de la barba. Si fuese posible un Capuchino, que hiciese profesion de censurar todo cuanto hacen sus Prelados; jactándose de azote de Guardianes, de gran reformador de todos; cuando

quizá ninguno hubiese, que más tuviera tanta necesidad de reforma como él. Dígame Vmd.: si este Capuchino quimera fuera posible, ¿habria libertino ó no libertino, disoluto ó timorato, que no abominase de él? ¿Y seria esto por el horror que causaria á los libertinos su religiosa vida, freno de la licenciosa conducta que ellos siguen? No, Señor mio, sino por el horror que les causa la vida del religioso, que no se conforma con la santidad del Estado.

Ea, pues; quedemos en que este es el verdadero principio del desprecio, ó del desafecto con que miran muchos á todo género de Regulares. Verdad es, que en esto hacen una gravísima injuria al Estado, dejando á parte la falta de respeto; porque de un antecedente demasidamente cierto por nuestra desgracia, sacan una consecuencia erradísima. Hay algunos pocos frailes, no del mayor juicio, no de la mayor circunspeccion, no de la mayor compostura, no de la mayor urbanidad, no del mayor desinterés, no de la mayor limpieza en sus tratos, luego todos los frailes son unos aturdidos, unos atropellados, descompuestos, groseros, desatentos, interesados y gente ruin. Pésima hilarcion, que solo cabe en aquellos entendimientos, que son las heces de los que se llaman racionales. Sobre esto, ya esgrimió lapluma con aquella valentía y con aquel triunfo que acostumbra el muy ilustre señor y verdaderamente sabio, P. M. el Reverendísimo Feijoo. Pero desengañémonos, que los desafectos á los Regulares por estas desacertadísimas máximas y vulgarísimas preocupaciones, aman estiman y veneran á los que verdaderamente lo son, sean de la familia que fueren. Los más disolutos libertinos respetan profundamente á los religiosos

ejemplares, sin detenerse en que su religiosa vida sirva ó no sirva de freno á la licenciada que ellos siguen. Porque ya se sabe que *virtus laudatur et auget*. Y así, señor y carísimo hermano mio, tenga Vmd. por cierto, que el Fray Gerundio no les quitará ni disminuirá un solo punto de estimacion á todos los religiosos, que la merecieren. Pero ¿qué quiere Vmd.? ¿Quiere que los libertinos y los no libertinos respeten mucho á aquel religioso que ahora, ahora en caliente, habiendo predicado por la mañana en cierta romería de las inmediaciones de Madrid, por la tarde se puso á bailar públicamente en el campo entre un corro de mozcarras? Viólo sugeto de grande autoridad; escandalizóse, encendióse en cristiano celo; y dijo en alta voz: *¿Cuándo nos librará Dios de estos Gerundios?* Y el religioso, dando una vuelta en el aire, le hizo la mamola. ¿Quiere que los libertinos ó no libertinos hablen bien del otro, que tocaba el tamboril y la gaita en un baile público de mozos y mozas? Estoy muy cierto de que si estos inconsiderados excesos llegasen á noticia de sus Prelados, los castigarían severamente: porque ninguna Religión hay que los tolere. Esto pone á cubierto el honor de las Religiones contra la mordacidad de los maldicientes; pero de los particulares en quienes se notan y se abominan dichos excesos, ¿quiere Vmd. que se hable con profundo respeto?

Por aquí conocerá Vmd. con qué importancia trae á colacion, lo que respondió monsieur Bèfe á aquel religioso, que hace tan impropia y tan pueril ostentacion de haber debido tantas confianzas políticas á aquel Embajador de Inglaterra. Más propias serian

de su estado haberle debido confianzas ascéticas y dogmáticas, que desahogos políticos. Es verdad que tanto creo lo uno como lo otro; pareciéndome más verosímil, que aquel sagacísimo Ministro solo admitiese en su conversacion al tal religioso, para divertirse; cuando no fuese por abusar de su candor ó de su facilidad, sacándole especies ó noticias que seria mejor ignorase. En fin, sea de esto lo que fuere, ¿qué le dijo en conclusion monsieur Bèfe? Dijole: « Que de los frailes no hablaba fuera de su tierra; « porque ya habia en España bastantes que hablasen « de ellos. » Y el santo religioso, que volvió (como él dice) con caridad y fortaleza, por el honor de los colegiales, se quedó mudo como un poste, para vindicar el honor de los españoles y de los religiosos, en una ocasion tan oportuna. Sí, señor, le hubiera yo respondido al milord: en Inglaterra y en España se habla mal de los Frailes; pero con esta diferencia, que en Inglaterra se habla mal del Estado; en España solo de las personas que lo merecen. En Inglaterra, se abomina de la profesion religiosa; en España, de los que habiéndola abrazado, no se conforman con ella. En Inglaterra se hace chacota hasta de la variedad de trajes, que santamente visten los Frailes y las familias religiosas; en España hasta el traje es venerado, y al individuo se le respeta por el vestido. En una palabra, en Inglaterra se habla de los frailes buenos y malos; en España son adorados los buenos y detestados los malos. ¿Y qué se infiere de aquí? Que en España bien puede estar estragado el corazon; pero está muy sana la fé. En Inglaterra, tan corrompido está el entendimiento como la voluntad.